

CONCIENCIA NACIONAL Y CONTINENTALISMO
EN AMÉRICA LATINA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

América Latina vivía a comienzos del siglo XX la época del *despertar nacional*. Este concepto —el del despertar nacional— no suele emplearse en general en el caso de América Latina, puesto que en ese entonces, a comienzos del presente siglo, la existencia estatal independiente contaba ya con una historia de casi cien años y el siglo XIX había estado caracterizado por un nacionalismo ferviente, odios, guerras entre los países latinoamericanos, así como arrogancias nacionales que chocaban las unas con las otras. No obstante, el bagaje ideológico de las oligarquías dominantes *blancas*, denominado como *nacionalismo criollo*, conservó los privilegios y reflejos del pasado colonial, manteniendo fuera de los marcos de la nación —con el aprovechamiento de las diferencias originadas por el color de la piel, o sea con los recursos del *racismo*— a las capas sociales *no blancas* (en las que se incluían *todas las clases* y capas de la pirámide social *que se encontraban por debajo de la oligarquía*). En la conciencia nacional criolla y oligárquica hicieron su aparición a fines del siglo XIX las primeras resquebrajaduras y a comienzos del siglo XX los primeros quebrantamientos e intentos de perfeccionamiento; o sea que se ha iniciado entonces la formación de un concepto de la nación que dé también cabida a las clases *trabajadoras* y *capas medias*, en su mayoría, de color: indios, negros, mestizos, mulatos, personas procedentes de la India y chinos.

Tras la modificación de este signo del concepto de la nación se ocultaba una profunda transformación económico-social-política que se iniciaba en ese entonces.

Vamos a señalar sólo algunos aspectos de la misma: después de los dos primeros tercios del siglo XIX, durante los cuales América Latina parecía separarse de la corriente principal de la división internacional del trabajo, volvió a vincularse desde los años 1880 a la economía mundial por lazos cada vez más estrechos: la minería (mineral de estaño, cobre, metales preciosos y, más tarde, el petróleo), los productos de las plantaciones (caucho, café, azúcar, cacao, algodón) y los productos alimenticios tradicionales (carne, cereales). Se pusieron también en marcha los capitales extranjeros hacia los países del subcontinente: capitales británicos, alemanes, franceses y, particularmente, estadounidenses. Se iniciaron el quebrantamiento y transformación de la economía y sociedad, denominadas como „tradicionales”, la gradual adquisición de un carácter desclasado por las antiguas capas oligárquicas y el surgimiento de nuevas e inmensas extensiones latifundistas (entre estas, los imperios de las compañías imperialistas); aparte de ello, los principales factores de la mencionada transformación incipiente fueron los rasgos característicos del acelerado desarrollo capitalista (construcción de ferrocarriles, industrialización de las grandes ciudades). De acuerdo con las necesidades de la economía mundial, las fuerzas de la “economía de mano de obra” internacional encaminaron hacia América del Sur las grandes oleadas de las emigraciones europeas, compuestas por italianos, españoles, alemanes,

húngaros y polacos, así como despojaron de sus tierras a los indios, arrojándolos a las plantaciones y a las grandes ciudades.¹

Los comienzos del presente siglo constituyeron también la primera época importante de la integración de la clase obrera.

Los importantes levantamientos de los indios despojados de sus tierras, los disturbios ocasionados de un modo espontáneo por el proletariado agrícola y las explosiones sangrientas de su descontento, las primeras grandes movilizaciones obreras y las organizaciones de algunos grupos empobrecidos de la oligarquía causaron en su conjunto una conmoción enorme a las clases dominantes de América Latina. Los nuevos fenómenos de una sociedad movilizadora (luchas de masas, levantamientos populares, organizaciones proletarias, etc.) evocaron una visión de caos, anarquía y descomposición de la sociedad.

A comienzos del siglo América del Sur fue sacudida también por varios acontecimientos políticos. Todos estos acontecimientos estuvieron relacionados con los Estados Unidos. La intervención en la guerra hispano-cubana y la ocupación militar de Cuba, la anexión de Puerto Rico, la separación política de Panamá de la República de Colombia, la repetida ocupación del territorio de Nicaragua, la ocupación de la República Dominicana y Haití que duraba varias décadas, así como la expansión de las compañías estadounidenses en América Central y el Caribe revelaron repentina y claramente la amenaza que provenía desde el "coloso del Norte".²

No obstante, la actitud ante los Estados Unidos era más compleja: aparte del temor y odio, manifestados hacia él, Estados Unidos fue también objeto de una admiración y de una constante comparación; esto último fue lo que hizo surgir primero la pregunta: ¿cuál es la causa de que, mientras Estados Unidos se convirtió en la potencia más rica del mundo, la "otra" América que había comenzado su desarrollo casi al mismo tiempo que los Estados Unidos, se quedó a la zaga, llegando a colocarse en la periferia del desarrollo mundial?³

Fue justamente esta pregunta, la que, a fines del siglo pasado y comienzos del presente, hizo surgir el proceso ideológico que buscó, dirigiéndose al pasado histórico, las causas —y, a veces, las cabezas de turco—, analizó el presente y trató de preparar estrategias sociales para la eliminación del atraso. Desde luego, las respuestas eran de muy variados tipos.

En resumen: la conciencia nacional blanca y criolla, de arrogancia trivial, del siglo XIX, sufrió una crisis, y en las primeras décadas del siglo XX los trastornos de identidad del continente acusaron los sufrimientos y deformaciones del proceso de formación de la nación y del desarrollo capitalista, o sea las particularidades de estos dos procesos. El uruguayo Zum Felde escribió al respecto: "Un concepto sociológico de nuestra nacionalidad es necesario para que sepamos QUIENES SOMOS, A DONDE VAMOS (el subrayado es del autor —Á. A.)... Saber QUE se es y el lugar que

¹ Véase R. CORTÉS CONDE—S. J. STEIN: A Guide to Economic History, 1830—1930. Berkeley—Los Angeles—Londres, 1977; SÁNCHEZ ALBORNOZ, NICOLÁS: The Population of Latin America. A History. Berkeley—Los Angeles—Londres, 1974. Un ejemplo del Perú: ANDERLE, ÁDAM: Változások Peru társadalmában a XX. század első felében (Cambios en la sociedad peruana en la primera mitad del siglo XX), Századok (Budapest), 1977, n. 1.

² ALONSO ALGUILAR: Pan—Americanism from Monroe to Present, Nueva York—Londres, 1968; PH. WAYNE POWELL: Tree of Hate. Propaganda and Prejudices Affecting United States Relations with the Hispanic World, Nueva York—Londres, 1971; S. GUY INMAN: The Monroe Doctrine and Hispanic America, *Hispanic American Historical Review* (en lo sucesivo: HAHR), 1920, n. 4, págs. 635—676.

³ ZEA, LEOPOLDO: América como conciencia, México, 1972, págs. 96—111.

se ocupa, definirse, conocerse, ser consciente, es poseer la clave de la acción y dominar al destino.”⁴

A fines del siglo pasado y comienzos del presente el libro de gran influencia, escrito por el colombiano César Zúleta e intitulado *El continente enfermo* (1899), abrió esta serie de meditaciones y análisis continentales. Tampoco fue una casualidad el hecho de que Zúleta hubiera elegido para su obra una cita de José Martí que aludió a las amenazas que significaban los Estados Unidos para América Latina. Se trata de que la profecía de Martí se ha cumplido. Zumeta que, al igual que Martí, vivía mucho tiempo en los Estados Unidos, reconoció: desaparecieron las tradiciones democráticas de los Estados Unidos y las mismas fueron sustituidas por el “derecho de conquista”. Lo mismo que las demás grandes potencias, los Estados Unidos avanza hacia las zonas productoras de materias primas, deseando convertirlas en sus propios mercados. Es importante resaltar que Zumeta considera que la situación de su continente es igual a la de Africa y Asia. Reconoce y describe la naturaleza del imperialismo que, en nombre de la civilización, quiere sojuzgar a los pueblos „atrasados y bárbaros”.

Somos dependientes, exclama Zumeta: dependemos de los extranjeros, de los mercados, productos, bancarios y aventureros foráneos. Y el continente es incapaz de defenderse; está “enfermo”: se debate entre anarquía y dictadura, se despilfarran sus energías, está aquejado por deudas, ha desaparecido el prestigio de sus instituciones jurídicas y estatales; los países de América del Sur están paralizados por los efectos a la violencia y por la falta de democracia.

Zumeta resumió la solución mediante tres expresiones de importancia clave: paz social interna, trabajo y unión. Las dos primeras advirtieron la importancia de las tareas *nacionales*, mientras que la tercera llamó la atención sobre las tareas *continentales*.⁵

La obra de Zumeta indica ya que el pensamiento político latinoamericano analizó y buscó la solución en dos niveles; todo parece indicar que en las primeras décadas del siglo XX (aproximadamente, hasta 1929 a 1933) el peso y proporciones del continentalismo eran más importantes que los de los idearios nacionales. La necesidad de ello fue ofrecida por la *amenaza común*, proveniente de los Estados Unidos, y sus posibilidades estuvieron aseguradas por el pasado histórico, lengua y tradiciones *comunes*.

Manuel Ugarte, al meditar sobre el porvenir de la América española y al dar la alarma, advierte igualmente el peligro proveniente de los Estados Unidos, y señala también, aparte de los puntos de vista económicos y políticos, los efectos de desnacionalización y los peligros culturales de la norteamericanización.⁶ Para el uruguayo Rodó los Estados Unidos se convierte en *Calibán* y su libro, intitulado *Ariel* (1900), llegó a ser uno de los primeros bestsellers latinoamericanos.⁷

El temor a los Estados Unidos fue el principal factor de una *rápida separación* de ellos. En ese entonces se tomó conciencia de la existencia de las *dos Américas*; y adquirió carta de ciudadanía, una década después de Martí, la expresión de “*nuestra América*”.

Las polémicas de dimensiones continentales acerca de las particularidades de esta otra América reflejaron en los años 1910 a 1920 la posición de una *alianza* y

⁴ A. ZUM FELDE: Proceso histórico del Uruguay. Esquema de una sociología nacional. Montevideo, 1920, p. 5; W. E. DUNN: The Post-War Attitude of Hispanic America toward the United States, H.A.H.R., 1920, n. 1. págs. 177—183.

⁵ ZUMETA, CÉSAR: El continente enfermo, Nueva York, 1899, págs. 4—23.

⁶ UGARTE, MANUEL: La patria grande. Madrid—Berlín—Buenos Aires, 1924, págs. 151—160.

unión estrechas, conteniendo igualmente —aparte de muchos aspectos racistas y conservadores— elementos de una grave autocrítica.⁸ Muchos pusieron énfasis en los factores de separación, derivados del pasado histórico, de la lengua y de la religión. Otros partieron de las diferencias raciales y de la *mezcla de las razas* del sur, y en su caracterología trataron de explicar los males del continente por las propiedades de las diferentes razas. Así, por ejemplo, C. O. Bunge —en su libro intitulado “*Nuestra América*” — resalta lo siguiente: el *indio* tiene los rasgos fundamentales de resignación, pasividad y ferocidad; el *negro* es servil, tiene mala fe y no es confiable; el *mulato* está caracterizado por un exceso de las ambiciones; el *mestizo* es perezoso, triste y arrogante, mientras que el *criollo* es altanero y mentiroso, amante de la fastuosidad y sus pensamientos son esquemáticos. Podríamos seguir enumerando listas y caracterizaciones de tal naturaleza negativa. Lo común de las ideas expuestas en las dos primeras décadas del siglo XX consiste en que las razas *mestizas* reciben calificativos fuertemente negativos. Así, por ejemplo, A. Arguedas considera a los que pertenecen a estas razas como *degenerados*, mientras que Bunge los califica de híbridos inaptos para un ulterior desarrollo. Según estos enfoques racistas, la solución consistía en intensificar la inmigración de las “razas puras” europeas.⁹

Muchos se preguntan incluso si es posible o no que un continente tan mezclado desde el punto de vista de las razas llegue a unificar sus esfuerzos para enfrentarse con éxito a la amenaza del Norte. Francisco García Calderón considera que, aunque siga produciéndose la inmigración de blancos, el porvenir es dudoso: “... is the formation of a national consciousness possible with such disparate elements? Would such heterogeneous democracies be able to resist the invasion of superior races?” (¿será posible la formación de la conciencia nacional con elementos tan diferentes? ¿Serán capaces estas democracias heterogéneas de resistir la invasión de las razas superiores?) — preguntó en 1913. A su juicio, la solución consistió en el estrechamiento de la solidaridad con los pueblos latinos de Europa y, sobre esta base, en la constitución de confederaciones regionales de estados (Confederación de Centroamérica, Confederación de las Antillas, Gran Colombia, Confederación de La Plata y Confederación del Pacífico), puesto que, de otro modo, “los pueblos divididos del Sur podrán correr una suerte fatal en caso de una ofensiva cerrada del Norte.”¹⁰

Los escritos de la época muestran claramente que la *conciencia continental*, entonces en vías de formación, es particularmente una creación de teóricos, pertenecientes a las clases dominantes *blancas* y *criollas*, y significa la *modernización de la conciencia nacional criolla y oligárquica*. Ello se indica por la polémica, desarrollada en los años 1910 a 1920 acerca de “¿Cuál es la denominación verdadera de nuestra América?”, la cual surgió necesariamente tras la formación del concepto de las “dos Américas”.

Los grupos allegados a la cultura española votaron por la denominación de “*Hispanoamérica*”; otros consideraron que ello significaría excluir a los brasileños y, por

⁷ Véase A. ZUM FELDE: Crítica de la literatura uruguaya, Montevideo, 1921, págs. 147—165.

⁸ Véase, solamente para ilustrar, PARTICK ROMANELL: La formación de la mentalidad mexicana, México, 1954; PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: Seis ensayos en busca de nuestra expresión, Buenos Aires-Madrid, sin fecha; AUGUSTO MIJARES: La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana, Madrid, 1952, 2. ed.; L. LÓPEZ DE MESA: La civilización contemporánea, París, 1926; VENTURA GARCÍA CALDERÓN: Latin America: Its Rise and Progress, Londres, 1924; MANUEL UGARTE: El Porvenir de la América española, *Unión Ibero-Americana* (Madrid), junio de 1920, págs. 3—8.

⁹ BUNGE, CARLOS O.: Obras Completas. T. II. Nuestra América, Madrid, 1926, 7. ed.

¹⁰ GARCÍA CALDERÓN, VENTURA: op. cit. La cita pertenece a la p. 352; escribe sobre las confederaciones de estados en la p. 335.

eso, abogaron por la denominación de *Iberoamérica*; los que transmitieron la influencia cultural francesa, propusieron la denominación de *América Latina*. De manera que cada uno de éstos resaltó la vinculación a *Europa*.¹¹

Antes de la primera guerra mundial era solitario todavía el argentino *Ricardo Rojas* con su propuesta, relativa a la denominación de *Eurindia*, la cual aludió al pasado indio, al desarrollo autóctono de la "otra América" y a sus relaciones con los europeos.¹² Luego en los años 1920, en el período del desenvolvimiento de los movimientos pro-indigenistas y de una profunda toma de conciencia del problema de los indios, el movimiento aprista que estaba organizándose a escala continental, llegó a proponer — echando mano a la expresión acuñada por *Rojas* — el empleo de la denominación de *Indoamérica*.¹³

Tras esta polémica acerca de las denominaciones se ocultaban las actitudes diferentes ante el pasado colonial y Europa, así como la propia realidad social, las diferentes concepciones de la historia y los diferentes juicios emitidos respecto a la nación. Aparte de las posiciones clasistas de los autores, estas diferencias estuvieron determinadas también por las diferentes composiciones étnicas de los distintos países.

Estas diferencias de concepción se expresaron, en su mayoría, bajo una *cubierta racial-racista*. Se trata de que en la oscuridad de las estructuras de clase, todavía inciertas, plásticas y en vías de transformación, fueron las diferencias de la piel, las que saltaron a la vista inmediatamente (y ello significó también la subsistencia de los conceptos tradicionales); por eso, el pensamiento político-sociológico-histórico en vías de formación trató de expresar la realidad a través de dichas diferencias.

Es un aspecto importante el de que, a raíz de los conceptos relativos a la nación, van colocándose en ese entonces a un primer plano de la atención los problemas de los indios. Según Argeudas, para los indios en Bolivia "no existen otras cosas que los sufrimientos y la lucha". Incluso hoy día la historiografía boliviana califica a Arguedas de "pesimista" por haber escrito sobre la decadencia y por haber revelado con brutal franqueza los síntomas de la "enfermedad del pueblo", refiriéndose de un modo muy duro precisamente a las "enfermedades" de la clase dominante criolla.¹⁴ El programa positivo de Arguedas es muy moderado, pero apunta hacia un rumbo democrático-burgués y refleja también un importante influjo del *positivismo*.

Se trata de un fenómeno general. El *positivismo* (en primer lugar, Comte y Spencer) constituye la experiencia más determinante a fines del siglo pasado y comienzos del presente, puesto que parece como si sus enseñanzas ofrecieran también la solución: sus términos de importancia clave son *enseñanza*, *desarrollo* y *orden*. Para algunos el positivismo constituye — frente a la oligarquía terrateniente ultramontana — un modelo de desarrollo democrático-burgués. Al mismo tiempo, el positivismo llegó a ser la *filosofía oficial* de las dictaduras más brutales en México y el Brasil. Pudo representar también una ideología antidictatorial y democrática, como, por ejemplo, en Venezuela en el período de la dictadura de Gómez.¹⁵ No obstante, adoleció de una profunda contradicción: enarbolando el lema de orden, enseñanza y desarrollo actuaba realmente con éxito contra la *antigua* oligarquía terrateniente, pero tras el

¹¹ La polémica es resumida por V. R. HAYA DE LA TORRE: ¿A dónde va Indoamérica? Santiago de Chile, 2 ed., págs. 31—35.

¹² ROJAS, RICARDO: *Eurindia*, Buenos Aires, 1951, págs. 21—22.

¹³ Véase op. cit. de Haya de la Torre. El título del libro contiene también este concepto.

¹⁴ ARGUEDAS, A.: *Pueblo enfermo*, Barcelona, 1909.

¹⁵ FRONDISI, R.—GARCÍA, J. J. E.: *El hombre y los valores en la filosofía latinoamericana del siglo XX*. Antología. México-Madrid-Buenos Aires, 1975, págs. 11—22.

positivismo y conjuntamente con él hizo su presencia el capital imperialista extranjero para originar, con el desarrollo, una deformación y un atraso, nuevos y más profundos.

De manera que el positivismo actuaba en América Latina expresando los intereses de los grupos modernizados de la oligarquía dominante y de los nuevos grupos de ésta, vinculados al capital extranjero: representó una fuente de numerosas conquistas democráticas *a corto plazo*, mientras que *a largo plazo* contribuyó a intensificar la dependencia del subcontinente. Dicho de otro modo, fue un recurso para la modernización de la conciencia nacional criolla y oligárquica. No obstante, este hecho fue reconocido por pocas personas. Entre éstas se encontraba el peruano González Prada, quien afirmó ya claramente a fines del siglo pasado y comienzos del presente: en lugar del lema que reivindica “escuelas” sería más provechoso enarbolar el lema que reclama “pan y escuelas”.

Al mismo tiempo, la actuación de González Prada testimonia también que en América Latina se ha iniciado la formación de un *concepto* nuevo, de *base popular*, de la *nación*. González Prada escribe al respecto: “No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; *la nación está formada por las muchedumbres de indios* diseminados en la banda oriental de la cordillera.”¹⁶ González Prada quien, siendo primero un demócrata revolucionario, se convierte luego en anarquista, exagera evidentemente al afirmar que en el Perú “cada blanco es un Pizarro” por eso, sus posiciones son unilaterales, de una manera inaceptable para las demás etnias del Perú; su posición es tan exclusivista como el *concepto de la nación señorial criolla*.

El concepto de la nación, de base popular, que comenzó a formarse en la “América Europea” — denominación que se aplicaba al Uruguay y a la Argentina debido a su población, integrada por etnias blancas —, tenía necesariamente otro tipo de contenido.

Así, por ejemplo, *Ricardo Rojas* quien al haberse preparado para el centenario de la independencia de la Argentina (1916) creó el concepto de *argentinidad*, hizo las siguientes afirmaciones que tenían una vigencia continental: “Tampoco somos independientes en la actualidad... es que aún estamos sujetos al extranjero... Somos todavía colonia, y tenemos, no una *metrópoli*”, como en 1816, sino varias... nuestra independencia es nominal.”¹⁷ El concepto nacional de Rojas, *tolerante y democrático* desde el punto de vista étnico, coadyuvó la admisión de las personas procedentes de Europa, quienes trataban de integrarse en su patria nueva y, quizás, más querida. Un ejemplo conmovedor de esta voluntad de identificación lo ofrece Alberto Gerchunoff, quien ha llegado a la Argentina como integrante de una comunidad judía de Ucrania y que presenta en sus novelas (p.e. *El gaucho judío*) este proceso y propósitos de asimilación.¹⁸

Sin entrar en detalles, podemos recapitular someramente el período anterior a 1918 como una época, en la que tuvieron lugar — aparte del resurgimiento del idealismo continental — la modernización y, en ciertos aspectos, la democratización del nacionalismo criollo, y en la que, por otra parte, se inició la formación de un concepto nuevo, de *base popular*, de la *nación*, concepto que, sin embargo, estuvo cargado de racismo. Ambos conceptos de la nación (el popular y el oligárquico) tienen la caracte-

¹⁶ GONZÁLEZ PRADA, M.: Horas de lucha, Lima, sin fecha, págs. 239, 275, 276, 300 y siguientes.

¹⁷ ROJAS, R.: La argentinidad, 2 ed. Buenos Aires, 1922, págs. 7—18.

¹⁸ GERCHUNOFF, ALBERTO: Los gauchos judíos, Buenos Aires, 1975. Véase el Prólogo en págs. 11—16. —: El hombre que habló en la Sorbona, Buenos Aires, 1926.

terística común de *basarse en una sola etnia*, y, por eso, su desarrollo y su enriquecimiento estaban obstaculizados por la misma realidad social latinoamericana, caracterizada por una diversidad de etnias (“de razas”).

Después de 1918 el concepto modernizado, criollo y oligárquico, de la nación llegó a ser parte de la ideología de las dictaduras latinoamericanas, o sea que se convirtió en una *práctica* política: ejemplos de este tipo fueron la dictadura de Leguía en el Perú, la de Machado en Cuba, la primera dictadura de Ibáñez en Chile, así como Ubico y Somoza en América Central. Estos dictadores no son ya los oscuros caudillos del siglo XIX que echaron mano al concepto criollo y provinciano de la nación, sino que son modernos representantes de las oligarquías nativas vinculadas al imperialismo.

El concepto de la nación, denominado “popular” y de base india, tampoco pudo convertirse en una fórmula atractiva y capaz de aglutinar a todas las etnias, pero, de todas maneras, sus elementos estuvieron presentes hasta los años 1970 en los “países indios”. Su contenido iba reforzándose en los años 1920 en la literatura indigenista y en los círculos de la intelectualidad pro-indigenista, y luego — conjuntamente con los indigenistas revolucionarios — pasó a formar también parte, por cierto tiempo, del movimiento comunista. Así, por ejemplo, en la reunión celebrada en 1929 por los comunistas en Buenos Aires algunos se refirieron a una “dictadura del proletariado indio”. En tiempos de la gran crisis de la economía mundial, en los años de los agudos choques de clases todo el movimiento comunista latinoamericano admitió un concepto de la nación de esta naturaleza, basado en *una sola etnia*. Lo testimonian, por ejemplo, el lanzamiento del lema relativo a una “*república quechua-aymará*” en el Perú y Bolivia, o el lema de la “*República Negra de Oriente*” en Cuba a comienzos de los años 1930. De manera que el movimiento comunista trató de adaptar incorrectamente a América Latina el principio leninista de la autodeterminación, no obstante estos lemas carecían de eco justamente entre los interesados.¹⁹

Sin embargo, el proceso de formación de las naciones latinoamericanas llegó a producir también el surgimiento y rápido reforzamiento de un tercer concepto, “intermediario”, de la nación. Como reflejo del desarrollo económico y social latinoamericano comenzó a constituirse un concepto de la nación que reflejaba el *mestizaje*, mezcla étnica y racial que venía acelerándose desde los años 1910 a 1920. Las grandes plantaciones, los centros mineros y las grandes ciudades de rápido crecimiento se convirtieron en crisoles de las diferentes etnias, y, por eso, las capas urbanas, surgidas y fortalecidas de esta manera, de la pequeña burguesía, de los empleados y de la burguesía media, así como los propietarios pequeños y medios en el campo llegaron a ser de “raza mixta” y de una *etnia* “amalgamada”.²⁰

Expresándolo más precisamente: en ese entonces se aceleraba en medida extraordinaria la mezcla que había existido constantemente, desde el siglo XVI, en la historia de América Latina.²¹ Las mencionadas capas medias constituyeron la base social para el *concepto mestizo de la nación* que comenzaba a formarse después de 1918. De manera que se produjo un viraje peculiar en cuanto a la evaluación del

¹⁹ MARTÍNEZ DE LA TORRE, R.: Apuntes para la interpretación marxista de la historia social del Perú, Lima, sin fecha, Vol. II, págs. 469—475.

²⁰ Véase MAGNUS MÖRNER: Race and Class in Latin America, Nueva York-Londres, 1971.

²¹ —: La mezcla de raza en la historia de América Latina, Buenos Aires, 1969.

mestizo. El mestizo o el mulato que antes de 1918 había representado una figura negativa en todos los análisis, se convirtió después de 1918 en una garantía para el porvenir de América Latina.

El "mestizaje" de la esfera ideológica se desarrollaba también después de 1918 en dos niveles: sobre bases continentales y nacionales, respectivamente.

Las mayores repercusiones fueron despertadas por el libro del mexicano José Vasconcelos, intitulado *La raza cósmica*. El subtítulo de la obra es también expresivo: "Misión de la raza iberoamericana".

Vasconcelos observa en América Latina — en comparación con la unidad anglosajona — una anarquía y soledad, un cuadro de la "degeneración racial". "Hemos traicionado nuestras propias tradiciones" dice y se refiere, a este respecto, tanto a los valores del pasado español como a los del pasado indio: "La raza que había soñado con el imperio del mundo, ... cayó en la pueril satisfacción de crear nacioncitas y soberanías de principado..." Ello representó, según Vasconcelos, una aberración que extirpó la conciencia de la América meridional de su "misión histórica", entregándose así la América meridional al imperio blanco del Norte.

Vasconcelos es optimista, pero su optimismo se basa en una visión idealista de la historia, importada desde Europa y bastante dudosa. La historia muestra la dominación sucesiva de las distintas razas — escribe. El último período es el del dominio de los blancos: la última etapa de este período está representada por Estados Unidos que "...es el último gran imperio de una sola raza: el imperio final del poderío blanco." Después de ello, deberá surgir — según expresa Vasconcelos — el dominio de "una raza integrada, de una raza sintética", y el terreno para él será justamente América Latina, donde — debido al mestizaje — ha comenzado ya el nacimiento de esta raza.

En la obra de Vasconcelos América Latina es la tierra de la belleza, de la armonía y de la simpatía, en la que vivirá la futura "raza cósmica" en base al amor cristiano. La América meridional se convertirá en el centro de la civilización humana.²²

Merece mencionarse también que la teoría de una América mestiza y "cósmica" trata de asimilar los elementos del ideario conservador panhispánico (hispanismo). Además, los trabajos posteriores de Vasconcelos revelan que el carácter "intermediario" de las concepciones mestizas estaba cargado no sólo de elementos antiimperialistas, sino también de elementos anticomunistas. Alude a ello el hecho de que la concepción relativa a la misión histórica de las "clases medias" no sólo pone en duda la dominación de la oligarquía, sino que significa también una actuación en contra de la idea de la dictadura del proletariado. De manera que el concepto mestizo de la nación y las ideas relativas a las aspiraciones de hegemonía de las clases medias significan las dos caras de una misma cosa.

Estas ideas mestizas se presentaron en muchos colores y esferas.

En el terreno de la política fue el movimiento del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), surgido en 1924, el cual se hizo cargo de esta conciencia mestiza y — proclamando la misión revolucionaria de la clase media — trató de aglutinar al movimiento obrero que iba surgiendo en ese entonces y crecía rápidamente. El gran éxito del APRA en los países andinos y América Central (¡hizo también su aparición en Cuba y la Argentina!)²³ se debía, *entre otras cosas*, a esta argumentación mestiza y de clase media. De todas maneras, este lenguaje racista, muchas veces "sospechoso" y raro para nosotros, integró y expresó indudablemente reivindicaciones democrático-burguesas.

²² VASCONCELOS, JOSÉ: *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, París, sin fecha, la cita pertenece a la p. 18.

Pasando revista a la totalidad del período compendido entre las dos guerras mundiales, puede afirmarse: en los años 1920 la idea mestiza se expresó principalmente a través de formas continentales, lo cual indicaba al mismo tiempo la debilidad de esta idea. En cambio, en los años 1930 la idea de una asociación continental fue relegada a un segundo plano, o — para expresarlo mejor — adquirió un contenido más realista, convirtiéndose cada vez más en sinónimo de solidaridad y unión.

En los años 1920 se hablaba todavía mucho de la “unión” y surgían muchas variantes de la misma. El propio movimiento comunista se presentó también bajo tal cobertura continental. Tuvo un buró continental y organizó un movimiento sindical continental; ello fue reflejado igualmente por el lema relativo a la “Unión de Repúblicas Socialistas Lationamericanas”. En los años 1930 estas ideas continentales fueron desplazadas ya a la periferia del pensamiento político. El lema mencionado anteriormente — y abandonado por los comunistas — fue tomado por los trotskistas, mientras que la extrema derecha hizo hincapié en la hispanidad, continentalismo inspirado en las ideas panhispánicas de los fascistas españoles.

El debilitamiento de la idea relativa a la unión continental significaba el ahondamiento del proceso de formación de las naciones, pero se debía también a que, en vista del incremento del peligro fascista (aspiraciones expansionistas alemanas y niponas), los pensadores y políticos latinoamericanos manifestaban mayor “comprensión” hacia los EE.UU.; los propios Estados Unidos trataron de contrarrestar también — con su política del “buen vecino” — la aversión hacia los yanquis.

Una señal elocuente de la *conversión* de la idea mestiza de carácter continental en una idea de alcance nacional fue la “peruanización” del APRA, movimiento que hasta entonces había venido organizándose a escala continental: en 1930 se convirtió en un partido nacional peruano. Se emanciparon igualmente sus organizaciones establecidas en otros países, integrándose luego en los partidos de corte similar (p.e. en Cuba el Partido Aprista Cubano se adhirió al PRC-Auténtico).

En los años 1920 a 1930 surgió una cantidad extraordinaria de variantes nacionales de la idea mestiza, no obstante todas ellas tenían un denominador común: no se trataba de conceptos nacionales con una *diversidad de etnias*, sino que eran conceptos relativos a una nación “mixta”, conceptos que preveían la *desaparición de las etnias independientes*. No obstante, existieron también a este respecto importantes diferencias.

Puede observarse, por ejemplo, que una parte de los ideólogos vinculados a la oligarquía dominante rebasaron los límites estrechos, aunque modernizados, del concepto criollo y oligárquico de la nación y se convirtieron en partidarios del concepto mestizo de la nación. Como representantes de ello en el Perú se puede mencionar, entre otros, a Ventura García Calderon, José de la Riva Agüero a Víctor Andrés Belaúnde.

Este concepto mestizo, establecido *desde arriba*, o sea desde la oligarquía, significaba en realidad la supervivencia *encubierta* de la supremacía criolla, puesto que contaba con la asimilación de las “razas inferiores”. Al mismo tiempo, se testimonia también la adaptación ideológica de ciertas capas oligárquicas al “exitoso” concepto mestizo. Este tipo expresó aspiraciones reaccionarias anticapitalistas y antidemocráticas, llegando a aceptar en los años 1930 las ideas del fascismo (p.e. Riva Agüero).

²³ Véase ANDERLE, ÁDÁM: Az APRA ideológiájának alapvonásai a pártalakulás időszakában (Rasgos fundamentales de la ideología del APRA en la etapa de formación del partido). *Acta Historica*. Acta Univ. Szegediensis. T. XLVI. Szeged, 1973. y: A perui APRA (El APRA peruano), en; *Politikai pártok és mozgalmak a fejlődő országokban* (Partidos y movimientos políticos en los países en vías de desarrollo), Budapest, 1980, T. II, págs. 289—305.

No obstante, existió también la variante *democrática* de los conceptos de la nación, de base mestiza, la cual no suponía la extinción de las etnias (etnocidio), sino que la nueva nación, debida al mestizaje, la concebía como una síntesis de los valores de *todas las etnias*. Mencionemos, como ejemplo, el nombre del cubano Fernando Ortiz, quien interpretaba la *cubanidad* como una síntesis de esta naturaleza.

Las particularidades de la nación cubana están determinadas por la topografía y el clima de la Isla, así como por su historia y por las etnias que la habitan — afirma Ortiz. Las tribus *indias* ya extinguidas (ciboneyes y tainos) dejaron como herencia el maíz, el tabaco, la piña y la yuca, así como su presencia se percibe también a través de algunas herramientas. Los *españoles* imprimieron a la cubanidad el constante desasosiego, la iracundia, así como el juego con los peligros y las esperanzas, componentes que son propios del carácter cubano. Los *negros* que llegaron a la Isla en contra de su voluntad y sin ambiciones, contribuyeron a la cubanidad, en primer lugar, con su mano de obra; además, influyeron grandemente en los hábitos alimenticios, en el vocabulario y en el arte de hacer el amor: la locuacidad a la candidez infantil constituyen igualmente su legado, pero su presencia se expresa particularmente en el sincretismo de la religión, así como en el tono peculiar de la sensibilidad colectiva o sea en la música a través de los ritmos afrocubanos (rumba, habanera); aparte de todo ello, *el tipo de hombre mulato de Cuba* es un legado de los negros. Los *judíos* que llegaron de España en los siglos XVI a XVIII, trajeron consigo la sensibilidad musical, sus rasgos mesiánicos y sus tonos idealistas. Los *franceses* que, procedentes de Haití, se refugiaron en la Isla a fines del siglo XVIII, ejercieron una influencia con la Marsellesa, el romanticismo y la moda elegante. Ortiz resaltó especialmente el papel desempeñado por los negros en la formación de la cubanidad.²⁴

De manera que, según Ortiz, el fundamento de la nación está constituido por los negros y, entre éstos, por los *hombres trabajadores*. El brasileño G. Freyre estuvo guiado por un propósito similar: al hablar tratando de *profundizar* el esquema de “*mestizo=verdadero brasileiro*”, perseguía el objetivo primordial de rehabilitar a los negros.²⁵ No obstante, la idea relativa a que las *clases trabajadoras son el fundamento de la nación*, surgió solamente como una frase de débil eco en las polémicas de los años 1920 a 1930. Se refirió primero a ello Mariátegui: según él la población *indígena*, es decir *los indios y los mestizos* que representan las cuatro quintas partes de la población peruana y son las *clases trabajadoras*, constituyen el fundamento del “Perú integrado”.²⁶ Según el chileno M. Picón-Salas la “verdadera alma chilena” reside igualmente en el pueblo, en las *clases trabajadoras*.²⁷

No obstante, este concepto de la nación que se acercaba a las categorías de clase, resultaba “incómodamente” estrecho para las *clases medias*, la *pequeña burguesía* y la *burguesía nacional*. Por eso, los conceptos nacionales “intermediarios”, o sea de *tipo mestizo*, trataron de echar mano a las nociones cómodamente amplias y flexibles de “*todas las fuerzas productivas*” y de “*las clases productoras*”, puesto que en este marco podían incluirse los obreros, los campesinos, la *pequeña burguesía*, las amplias *capas medias*, la *burguesía nacional* y los *terratenientes nacionales*, es decir — aparte de los *terratenientes absentistas* — prácticamente todo el mundo: en realidad, “todo” el país.

²⁴ ORTIZ, FERNANDO: Los factores humanos de la cubanidad, *Revista Bimestre Cubana*, 1940, n. 2, págs. 9—29.

²⁵ HAHR, 1934, n. 3, págs. 325—327: resumen del libro de G. Freyre: Casa Grande Senzala; HAHR, 1939, n. 4, págs. 534—535.

²⁶ MARIÁTEGUI, J. C.: Ideología y política, Lima, 1974, p. 217.

²⁷ PICÓN-SALAS, MARIANO: Intuición de Chile, Santiago de Chile, 1935, p. 23.

En los años 1920 a 1930 las preguntas básicas de “quiénes somos, qué queremos y a dónde vamos” representaron los principales nudos del pensamiento latinoamericano. Así, por ejemplo, la profunda necesidad de revelar la realidad hizo surgir la novela social, de temáticas indias y negras, tipo de novela que señaló también un elevado grado de emancipación cultural, o sea el nivel mundial. Según expresaron los contemporáneos: la literatura no es ya un *eco*, sino que es la expresión de “nuestra propia voz”. El *ensayo*, dedicado a la exploración de la realidad, se convirtió en un género fuerte. Podría decirse que el primero de sus representantes de repercusiones continentales fue Mariátegui, quien llamó la atención sobre la relación estrecha, existente entre el problema de los indios, el problema de la tierra y el socialismo. Podemos mencionar a E. Martínez Estrada, quien — en sus trabajos sociográficos, intitulados *Radiografía de la Pampa* y *La cabeza de Goliat* — llamó la atención sobre el *desarrollo deformado* de su patria. Argentina es un monstruo con cabeza hinchada — podemos leer en su trabajo anteriormente mencionado —, pero lo que da lugar a preocupaciones no es la dimensión enorme de la “cabeza” (Buenos Aires), sino la debilidad del “cuerpo”, o sea del país.²⁸

Al análisis de la “deformación”, “aberración” e “infartos históricos”, o sea del desarrollo disforme contribuyó también en medida importante el movimiento comunista latinoamericano. Son importantes, a este respecto, los debates del Sexto Congreso de la Internacional Comunista (1928), en el marco de los cuales fueron justamente los delegados latinoamericanos, quienes — al haber considerado imprecisos los calificativos de “colonial” y “semicolonial” que figuraban en las tesis preliminares— propusieron que sus propios países fueran calificados como “países dependientes”, denominación que hoy día está ya aceptada universalmente.²⁹ De esta manera, se aludió también a las particularidades de América Latina que eran comunes, pero *diferentes*, con las de Asia y África. En el logro de que se tomara conciencia del *desarrollo deformado y dependiente* de América Latina desempeñaron particularmente un papel destacado—aparte de los comunistas—los pensadores burgueses progresistas de Cuba; ello no fue una casualidad: Cuba mostraba muy temprano y en medida extrema los rasgos negativos de este proceso, consistentes en el desarrollo caracterizado por el monocultivo.³⁰

Para el análisis de las causas los pensadores y los políticos de este continente se dirigieron a la historia, buscando argumentos en pro y en contra. Por eso, el período comprendido entre las dos guerras mundiales fue también el de una gran lucha entre las concepciones de la historia, de “ópticas” diferentes. Podían observarse tres tendencias fundamentales. Las causas del atraso y de la deformación de América Latina están arraigadas en el *pasado colonial* — proclama una de estas tendencias, y este punto de vista estuvo apoyado también fervorosamente por la historiografía estadounidense.³¹ El segundo enfoque es más complejo: el pasado colonial, los errores y faltas de los criollos en la época de la Independencia, así como las deformaciones ocasionadas por la penetración imperialista contribuyeron *en su conjunto* al atraso del

²⁸ MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL: *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires, 1976, 8 ed.; *A La cabeza de Goliat*. *Microscopia* de Buenos Aires, Madrid, 1970.

²⁹ Protocoll. Sechster Weltkongress der Kommunistischen Internationale. I. III. Band. Hamburg;-Berlin, págs. 200, 204.

³⁰ Véase JULIO LE RIVEREND: *Historia Económica de Cuba*, La Habana, 1971.

³¹ Es muy característica, a este respecto, la concepción que puede observarse en HAHR, en los años 1920 a 1940.

subcontinente. Esta es la posición de la historiografía, naciente en ese entonces, de los marxistas y de la burguesía progresista.³²

Surgió también una escuela conservadora que — con su *apología* relativa al pasado colonial español — puso énfasis solamente en las deformaciones ocasionadas por el imperialismo. En el marco de esta escuela la más conocida, y la que originó la mayoría de las polémicas, es la famosa tesis de R. Levene: “¡Las Indias no eran colonias!”³³ Esta escuela resaltó la supremacía moral y cultural de la América Española, comparándola con la América del Norte, materializada e inculta.³⁴ Esta argumentación representó una reacción de carácter conservador ante las desigualdades históricas reconocidas, una reacción que consolaba — con las ilusiones relativas a una superioridad intelectual y moral — a la oligarquía y capas medias blancas y criollas.

El movimiento comunista trataba de explicar el atraso del subcontinente a través del desarrollo de la economía mundial capitalista y por las particularidades del imperialismo, y, además, buscaba la solución necesaria en el contexto de todo el proceso revolucionario mundial, mientras que los ideólogos del APRA, partidarios del concepto nacional de tipo mestizo, intentaban mirar al futuro mediante la creación de una filosofía *propia* de la historia.

Haya de la Torre bautizó su concepción con la denominación de “Espacio-Tiempo histórico”; esta concepción se inspiraba, entre otras cosas, en la teoría de la relatividad de Einstein, pero — al haber exagerado el *desarrollo autóctono* de América Latina — se vinculaba también con la mencionada tesis de Vasconcelos, relativa a la “raza cósmica”. Según Haya, cada continente se desarrolla de acuerdo con sus propias coordenadas de espacio-tiempo histórico. De esta afirmación se deriva su tesis, consistente en que el imperialismo es la última etapa del capitalismo sólo en Europa; ello no es así en “Indoamérica”: según él, aquí el imperialismo representa la *primera* etapa del desarrollo capitalista.³⁵

Aquí y ahora deseamos llamar la atención solamente sobre un aspecto de esta filosofía relativista: la filosofía *optimista*, relativa a las futuras posibilidades del ansiado desarrollo capitalista, significó una disposición a establecer compromisos con las fuerzas del imperialismo (aún cuando los propios apristas afirmaron que los peligros originados por estas fuerzas podrían ser limitados justamente por un *fuerte Estado nacional*), y significó también el rechazo de la revolución socialista, la cual surgía como una “amenaza” a escala de la historia mundial. De manera que dicha concepción significó también la “cimentación” filosófica de una concepción política de *tercer camino*.

Esta concepción del desarrollo autóctono comprendía igualmente un fuerte contenido de *xenofobia*. A este respecto, nos hemos referido hasta ahora en este trabajo sólo a la delimitación respecto a los Estados Unidos. Pero se trata, naturalmente, de un fenómeno mucho más complejo. La xenofobia significaba real y decisivamente una aversión a los yanquis (particularmente, entre 1900 y 1930) en el terreno de la política, mientras que en el campo literario expresaba en primer lugar y siempre la necesidad de independizarse de lo europeo y de romper con la época del “mimetis-

³² Para la posición burguesa, véase R. GUERRA Y SÁNCHEZ: *Azúcar y población en las Antillas, La Habana, 1970*; como ejemplos de la concepción marxista de la historia se puede mencionar en la época inicial — aparte de las de Mariátegui — las obras del mexicano CHÁVEZ OROZCO.

³³ LEVENE, RICARDO: *Las Indias no eran colonias*, 3 ed., Madrid, 1973.

³⁴ O'GORMAN, EDMUNDO: *México. El trauma de su historia*. México, 1977.

³⁵ SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO: *¿Existe América Latina? México, 1945*. HAYA DE LA TORRE: *Espacio-Tiempo histórico*, Lima, 1948.

mo". En la terminología de las ideologías mestizas, formadas después de 1918, el rechazo de las "ideas extrañas" significaba principalmente el rechazo del marxismo, y, más tarde, en los años 1930 llegaba a significar ya la negación del comunismo y del fascismo ("sistemas totalitarios"). La reacción ante los intentos expansionistas japoneses se expresó a través de los esquemas, relativos a un exagerado "peligro amarillo".

Este tipo de "xenofobia" fue acogido con placer por la prensa norteamericana, puesto que ello creó también circunstancias propicias para los Estados Unidos. Y dichas circunstancias fueron incluso aprovechadas por ellos: en los años 1940 el *interamericanismo*, versión "democrática" del *panamericanismo*, representó una fuerza de atracción bastante significativa para la opinión pública democrático-burguesa latinoamericana y también para una parte importante del movimiento obrero. De manera que en los años 1940 surgió una nueva etapa del enfoque continental, pero en ésta se puso énfasis en los aspectos *panamericanos*.³⁶

El proceso de formación de las naciones se desenvolvía en América Latina en medio de encarnizadas luchas de clases. Dicho proceso se ha acelerado por el hecho de que desde 1929 no han vuelto a producirse las grandes oleadas de la inmigración de europeos.

En este proceso se ha forjado — como resultado de debates, análisis y luchas — el modelo de programa político y organización que se ha adecuado al peculiar tipo latinoamericano — o sea, al tipo "intermediario", mestizo — del proceso de formación de las naciones.

Se trata de los llamados *partidos y movimientos populistas*. Su prototipo fue el APRA, y pertenecen también a este tipo, por ejemplo, el varguismo, Acción Popular de Venezuela, el MNR de Bolivia, el peronismo, etc., que sintetizaron y *convirtieron* en programas de acción y *una política* los planteamientos de problemas, hechos en décadas anteriores. El *populismo* constituyó una organización política "vertical", o sea interclasista, que aglutinó — bajo la dirección de la burguesía nacional — a las masas, principalmente, de las grandes ciudades y, entre éstas, una cantidad decisiva de personas de sangre "mixta", o sea personas mestizas.³⁷ Estos movimientos populistas tenían algunas características importantes: aparte de la ya mencionada xenofobia, estuvieron caracterizados — particularmente, en la agitación callejera — por una *mística y demagogía* significativas. Las masas incultas de estos movimientos constituyeron la base popular para la *práctica de caudillaje* que resurgía en los partidos populistas, y, al mismo tiempo, contribuyeron a reproducir la tradicional *relación patrono-cliente* (de origen rural).

Contrariamente a lo que ocurría en Asia y Africa, estos partidos no se convirtieron en movimientos de "liberación nacional"; podrían calificarse más bien de *reformistas nacionales*, aun cuando sea cierto que se ha acumulado un inmenso potencial revolucionario en sus masas.

No tienen un carácter revolucionario; a ello puede contribuir el hecho de que se dispone ya de la *independencia estatal*. Pero, parece ser un factor de mayor importancia el de que las relaciones de clases están más desarrolladas en América Latina que en Asia y Africa. Las capas del capital nacional en América Latina percibieron y expresaron también muy intensamente la amenaza que significaba para ellas el mo-

³⁶ ORREGO, ANTONIO: Pueblo-Continente, Buenos Aires, 1957.

³⁷ Para una tipología de los partidos latinoamericanos, véase ANDERLE, ÁDÁM: Latin-Amerika politikai pártjai (Partidos políticos de América Latina), *A Politikai Főiskola Közleményei* (Budapest), 1979, n. 2.

vimiento proletario. Parece tener también importancia la diferencia que puede observarse en cuanto a la compleja *composicion étnica*.

De manera que, según muestra concepción, los movimientos y partidos populistas son *expresiones* y frutos políticos de la *alternativa* mestiza, o sea *mayoritaria*, la cual surgía como resultado de las encarnizadas luchas desarrolladas en el curso del proceso de formación de las naciones; en una etapa dada del proceso de formación de las naciones, estos movimientos y partidos eran capaces de aglutinar a las clases proletarias y capas medias urbanas, todavía en vías de formación (entre 1929 y 1959).

Recapitulando y terminando nuestro trabajo: consideramos que el término de la primera gran etapa del proceso de formación de las naciones coincide con el surgimiento de los movimientos populistas.

Anderle Adám

NEMZETTUDAT ÉS KONTINENTALIZMUS LATIN-AMERIKÁBAN A XX. SZÁZAD ELSŐ FELÉBEN

A tanulmány a latin-amerikai nemzetté válás folyamatában helyezi el a problémakört és azt vizsgálja, hogy a „faji”, azaz az etnikai sokszínűség, az európai bevándorlás következtében a nemzettudat milyen sajátosságokat és típusokat hozott létre. Latin-amerikai sajátosság, hogy a nemzettudat mellett a kontinentális tudat szintén eltérő típusokat produkált. Mindezek mögött, a nemzetközi tényezők — elsősorban az USA jelenléte — játszanak fontos szerepet.

A tanulmány a nemzettudat tipológiáját az etnikum és osztály, etnikum és nemzet kölcsönhatását vizsgálva alakítja ki — hipotetikus jelleggel. Megfigyel *egy-etnikum*-alapú, *több etnikum* alapú és *mesztic* nemzetfogalmakat, -tudatokat.

Ezek kölcsönhatásban vannak az eltérő kontinentalizmusfogalmakkal is (hispanidad, panamericanismo, hispanoamericanismo, indoamericanismo).

A tanulmány a politikai mozgalmak, pártok nemzetfogalmát elemezve bemutatja, hogy az ún. *populista pártok* sikereinek egyik „titka”, hogy a nemzetté válás fő vonulatát kifejező keveredést (mesztizaje) tükröző mesztic nemzetfogalom alapján építették ki politikai programjaikat.